

tudios, con más sano consejo que hasta entonces acordó por buen medio el que para remate de sus trabajos la ofrecía su ventura; y así, con semejante presupuesto, se dispuso á escribirle, digo á responderle, estos breves renglones:

*Doña Elvira á don Juan de Zúñiga.*

«La primera vez que para escribir á hombre alguno he tomado con voluntad la pluma, quisiera mucho (señor don Juan) que creyérades es la presente y juntamente que, según tan exquisita novedad, estimárades el servicio que os hago; si bien antes de ahora no ha sido pequeño, en conformidad de mi encogimiento y recato el haber leído muchas veces vuestros papeles, y aun el crédito que he dado á sus razones. Y así, pues, ya sabéis estas verdades de mi pecho, y no ignoráis que soy tan rica de calidad y buena fama como pobre de bienes de fortuna, agradándoos tal dote, madre tengo, y vos deudos y hermanos que dispongan lo demás. Encomendadlo á ellos, pues ni mi estado pide otra cosa, ni á vos os está á cuento querer más que saber lo intentáis con mi gusto.»

#### CAPITULO XLV

*Háblanse estos amantes, dispónense sus bodas, y suspéndelas, avisado con un acaecimiento peregrino, don Diego de Córdoba.*

EL papel referido tuvo don Juan la misma tarde; porque poco cuidado bastó á ponerse delante, y saliéndose al pasear la calle de su propia lición; con que, fuera de sí, en leyéndole estuvo para hacer extremos locos; y, en conclusión, para abreviar con ello, tales réplicas, demandas y respuestas hubo de por medio, que doña Elvira se dispuso á hablarle; y con tan gran favor, si á don Juan le suspendían algunos inconvenientes (porque realmente quisiera que el casarse y las nuevas llegaran á su hermano á un mismo tiempo), fácilmente quedaron atropellados, haciendo al punto que dos criados suyos, huyendo el cuerpo á Ubeda, se partiesen á Córdoba, y en ella previniesen las galas, preseas y joyas más preciosas al caso; de adonde resultó todo su daño y el saberle el afligido y enamorado don Diego. Porque quiso su suerte que el oficial á quien lo encomendaron acertase á ser, no sólo el mismo sastre de su casa y persona, sino uno de aquellos que por orden de don García salieron en busca de doña Elvira; y así, apenas oyó ahora de los necios criados el nombre, señas y casa-

miento, cuando como la mejor noticia del lugar dió aquella nueva alegre, á quien se le pagó tan bien, que quedó rico.

Bien pienso que se podrá creer, según lo referido, que si á tan impensado suceso no acabó el tierno amante de perder los sentidos, ó sería ayuda milagrosa, ó hallar templado su gusto y alegría con el desconsuelo de las futuras bodas; aunque este esencial punto más le irritó el espíritu que le acrecentó la voluntad; porque ésta no podía subir á mayor altura, ni su celosa rabia levantarla de punto. Y así, desde aquel mismo en que tuvo el aviso, llamando á don García y á doce hombres para cualquiera afrenta, arrancó por la posta, llevando ya resuelto no dejarse morir como amante cortés, sino quitársela por fuerza á quien se le opusiese.

En este interin, como en negocio hecho y por excusarse de mayor nota, las mas noches entraba á verse con su dama don Juan; si bien nunca estas visitas pasaron los límites honestos, ni aunque él lo pretendiera, ni aun tomarla una mano sirviera de otra cosa que perder á doña Elvira y caer para siempre en su indignación; con lo cual, en conversación amorosa, dulcemente entrenían las horas que sus criados dilataban la vuelta, valiéndose para estas entradas y visitas de medios que excusasen escándalos, y que, sin interrupción de terceros, guardasen mejor que ellos el secreto.

Llegó, pues, en esta coyuntura don Diego y su compañía, que á tardarse algo más, hallara hechas las bodas; de quien, apenas se apeó en una posada, cuando, creyendo el huésped que venían convidados, les dijo, aun sin preguntárselo, la casa de su dama. Cenaron luego con tan cierta noticia, porque aunque era bien cerrada la noche, no tenía la hora por conveniente; mas como el corazón de don Diego no sosegaba, aun con el bocado en la boca, dejó á su gente prosiguiendo la cena, y bien ajenos de imaginar lo que hizo, que fué tomar las señas, y sin más compañía hacerse explorador de la aventura, y no con otro intento que de hartar sus deseos y aun sus ojos, viendo y tocando los umbrales que pisaba su empleo y las paredes altas que ocultaban su luz. Y así, discurriendo á tienta de unas partes á otras, al volver de una esquina, sin pensar, le tocó en el rostro y parte de la vista una cinta que colgaba de una ventana de reja, á la cual, movido tanto más de su propio enfado que de lo que resultó, apenas dándola con la mano, tiró de ella, cuando se asomó una mujer que, en baja voz, le dijo que esperase á la puerta; de cuya novedad, admirado y confuso, juzgando que no sólo en las grandes ciudades se hallaban semejantes sucesos, suspendiendo el que más le importaba, sin más acuerdo, se acercó á la puerta que ya estaban abriendo. Y aunque de la parte de adentro se divisaba una pequeña luz, atropese-

llando por todo se arrojó al zaguán, en quien no dió tres pasos cuando se halló casi en los dulces brazos de su dama, en la deseada y hermosa presencia de doña Elvira, la cual, conociéndole asimismo, no tuvo esfuerzo ni ánimo para moverse; si bien, aunque turbada y ciega, dió voces, á que despertando don Diego como de un pesado sueño, conociendo ser ciertas sus sospechas y celos, quedó más desmayado que la ocasión pedía y aun de lo que fuera menester, según el peligro en se vió. Porque como el uno y el otro, con su impensada vista, olvidaron la puerta, aún no había dado doña Elvira dos gritos cuando se entró por ella un hombre, con tan grande alboroto y inadvertencia, que hubiera de dar de ojos con don Diego, al mismo instante que su furor celoso estaba en términos que, á tardarse el socorro, diera de puñaladas á su dama; que conociendo ahora á su esperado dueño, digo al galán don Juan, á quien ya respetaba como á esposo, con nuevo aliento se amparó de su lado, tratando él de defenderse y defenderla tan venturosamente, que no sólo retiró hasta la calle á su contrario, mas en tanto que cerraba doña Elvira las puertas, le dió algunas heridas, tan peligrosas y crueles, que á no llegar entonces don García y su gente que le andaban buscando, dejara el buen don Diego entre sus manos y armas la vida y pensamientos. Y si bien, aunque huyendo don Juan tantas ventajas, se puso en cobro, no fué

tan á su salvo, que no llevase juntamente que curar muchos días; no obstante que al volverse los que le habían seguido, hallaron á su dueño tan desmayado y herido, que colgándole á hombros les fué preciso suspender su buen lance, y tratar muy aprisa de su vida y su alma.

#### CAPÍTULO XLVI

*Diligencias de la justicia sobre las heridas de don Diego; mudarle á Córdoba, y juntamente á doña Elvira, á su madre y criada.*

CORRIÓ, aun aquellas horas, la voz de este suceso por todo el lugarillo; y asimismo, sin poderlo excusar, la ocasión y el personaje herido, con que otro día, no sólo no quedó hombre con hombre, pero llegó hasta Córdoba la nueva.

Don Juan, entendiendo la verdad, mal curado y peor prevenido, no se hallando seguro, mudó de tierra, y aunque no los pensamientos amorosos, perseverante en ellos, tanto como satisfecho en la integridad y pureza de su querida prenda, no el atrevido y loco intento de su opuesto, bastó á menguar un punto su afición y á desacreditarla en su pecho. Fuera de que, á esta sazón, ya él sabía los infructuosos cuidados de don Diego, y juntamente las peregrinaciones y trabajos de su honrada resistencia. Y así, aunque el peligroso estado de tal suceso le metió en Portugal,

y después el saber que allí le buscaban la muerte, le sacó á vagar por el mundo, siempre acuartelado; y no pienso que en ausencias tan largas (aunque en su correspondencia hubo olvidos y grande intermisión) fué menos deseado y aun llorado por doña Elvira, á quien, volviendo á nuestra historia, sin respetar su sangre y su decoro, los villanos alcaldes pusieron guardas, y en son de presa la aseguraron en su casa, hasta que respecto de tan gran caballero, aun sin pedirlo él, de oficio envió la Audiencia real á la averiguación de sus heridas; para lo cual, y para la comprobación de otros indicios, llevaron á ella, á su madre y criada, á Córdoba, adonde, sabido por don Diego, á quien primero habían traído en una litera, como ninguno mejor entendía su inocencia, cargando en sí la culpa de todo, no sólo las hizo dar por libres, mas con declaraciones y protestas honrosas, volvió por su opinión y buena fama; si bien ésta, aunque faltara semejante diligencia, padeció nunca detrimento; antes, en medio tribulaciones tan graves, permaneció intacta y durable, y al peso que las unas crecieron, lució más su verdad y se acrisoló con mayores quilates su constancia y firmeza.

Con la publicidad á que se arredujeron tales negocios, fué forzoso entenderlos la noble y generosa doña Aldonza, de quien, no obstante (agasajado y recibido su distraído esposo), mientras con paciencia cristiana trataba de curarle, dis-

puso también, con gusto y beneplácito de doña Elvira y su madre, su más segura vida y su mayor comodidad y consuelo. Y así, alimentadas con mano liberal y piadosa, se encerraron en un convento, resueltas á esperar el fin de sus infelices bodas, y al dueño que había escogido para esposo, ó acabar unas y otras con su clausura, sus persecuciones y vida.

Mas ni tan sano acuerdo fué de importancia, porque ni la prudencia ni sufrimiento de su santa mujer, ni los consejos de sus deudos y amigos, bastaron á que, convaleciendo don Diego, se excusase de volver á su amoroso tema, y con deseos tan vivos y nuevas fuerzas, que parece cobraban más vigor en sus mayores resistencias, y que competían en inmortal pelea dos afectos tan poderosos y contrarios: el desdén y aborrecimiento de su dama, y su incurable amor y voluntad. Y así, entendido el lugar adonde estaba, renovando las pasadas fiestas de sus casamientos, no hubo día en quien la plaza del Convento no sirviese de teatro á sus invenciones, á sus máscaras y regocijos y otros públicos juegos, con que no sólo turbó la paz, quietud y recogimiento de aquellas mujeres, sino que juntamente las obligó á que advirtiendo el descrédito de su religión y el escándalo de la ciudad lo remediasen con sacar de su compañía la ocasión. Con que las afigidas señoras, con lágrimas del alma y pidiendo venganza de sus injurias á los cielos, se

hubieron de acoger á su antigua morada, resolviendo en su pecho doña Elvira morir con varonil ánimo en ella antes que volver á más peregrinaciones ni verse por don Diego escarnecida.

### CAPITULO XLVII

*Persevera constante en sus intentos la honesta doña Elvira, mientras don Diego prosigue los de su loco amor.*

EN este tiempo, habiéndose pasado, después de las heridas, tres años, y habiendo en el primero de ellos aportado don Juan de Zúñiga á Bolonia y tenido diferentes sucesos; de tal suerte, llevando adelante sus estudios, aprovechó en ellos resplandeciendo su ingenio y letras, que sin contradicción, por común voto llegó á ser su concepto el más calificado, y su opinión y jurisprudencia la primera silla de aquella insigne Universidad; y tanto, que yendo en la misma sazón, la majestad de Carlos V á celebrar en Bolonia el acto solemnísimo de su coronación, teniendo de tan grande sujeto larga noticia, y queriendo servirse de él, le entretuvo consigo hasta venir á España.

Si bien, antes de aquesto, sucedieron en Córdoba cosas notables; porque, prosiguiendo don Diego en sus locos devaneos, sin un mínimo alivio ó esperanza de fruto en tantos años, corría ligero el curso de su vida, engañando sus penas

y divirtiendo sus pasiones con pasear la calle, con besar las paredes y reja de su dama, sin que el erizado y prolijo invierno, ni el abrasado y seco estío, pusiesen límites á tantos desconciertos.

Estaba entonces la ciudad, y aun la resta de España, sumamente afligida y sumamente apretada de una peste mortal que, infeccionando el aire, la circundó con estrago cruel y lastimoso; y así, pocas ó ninguna casa se libraron en Córdoba de esta plaga y azote; y no obstante, sin temor, seguía don Diego su carrera; cifraba, como dije, su consuelo mayor en sus paseos, en quien bien de ordinario, ya con la diversión de su plática, ya con el gusto de su compañía, ayudaba su amigo don García, no habiendo día ni hora que no diesen mil vueltas á la casa de la honesta doncella, cuyas puertas, aunque siempre estuvieron con recato y clausura, pareciéndoles que en aquesta sazón casi tres días continuos las hallaban en una misma forma, notando tales muestras, con mayor advertencia, no sólo confirmaron sus dudas, mas de ellas y del silencio grande, y sobre todo del no salir persona, ni oirse ni entenderse en indicios ó barruntos de que la hubiese dentro, presumieron otra segunda ausencia, otra impensada fuga ó semejante determinación á la pasada, con lo cual, como realmente al afligido amante no le había quedado otro alivio, otro refrigerio y descanso, viendo perdido aqueste, no hay ingenio que pueda enca-

recer sus ansias, sus congojas y penas. Habló mil desatinos, dijo mil tristes lástimas, llamó á voces su dama, injurió su fortuna, y finalmente, lloró con tiernas lágrimas sus rigores crueles y sus resoluciones ingratas; y tal le vió su amigo, tal le consideró, que movido á lástima ó regido de otra superior causa, deseando aplacarle, procuró juntamente, no lo sólo hacerle creer la presunción por falta, sino que sin quejarse á los vientos, ni hacer más fundamento en esperanzas, entrasen en casa de doña Elvira, y acabasen, hallándola, por fuerza lo que tantos suspiros, congojas y tormentos no habían de grado conseguido. Y así, con tan vivo incentivo, alentado don Diego, en siendo más de noche, con dos linternas fácilmente penetraron la entrada por una puerta falsa, que á pocos golpes, abrumada del tiempo y de su ancianidad, se dejó franquear; y con aque- rodeando los patios, no hallando tan frágil resistencia en otra que de ellos, subía á los altos corredores, sirviéndoles de escalera sus pilares, en un punto uno y otro se hallaron allá arriba; mas no oyendo rumor, ni viendo que aun del suyo con ser bien grande resultaba alboroto, perdiendo la esperanza, y volviendo á su tema, se quisieron salir por donde entraron. Y sin duda lo hicieran si entonces la curiosidad y frenesí del amartelado caballero, deseando ver el aposento, ó según él decía, el relicario y lecho de su dama, aquel testigo mudo de su más secreta hermosu-

ra, no les pasara adelante; hasta que atravesando dos tan despejados como crecidos aposentos, al entrar al tercero, casi les hubiera suspendido largo espacio el aire contagioso y ardiente que salía de él; mas con todo, animados, arrojándose dentro, apenas dió la luz de las linternas alguna claridad, cuando en pobres y diferentes lechos miraron desmayadas ó en términos de muertas á la hermosa doña Elvira, á su madre, y en un colchón, algo distante de ellas, á su fiel criada; si bien ésta, como de natural más robusta, con algún acuerdo.

#### CAPÍTULO XLVIII

*Obliga nuevamente á su dama don Diego, librala de la muerte por dos veces; pero ella, más constante, mira más por su honra.*

No hay duda si no que semejante espectáculo, vista tan lastimosa y nunca de don Diego imaginada, haría en su pecho sangrienta operación; pues es cosa bien cierta que teniendo librados sus gustos, su alegría y su mayor riqueza en la vida y salud de esta mujer, aun estando en su desgracia, aun siendo su cuchillo, hoy que á su parecer la hallaba muerta, sin cura, sin regalo y aun sin la mortaja, que había de ser grande su pena y grande su valor, pues pudo resistir golpe tan duro.

En este medio, habiendo don García más libre de pasión, llegado á doña Elvira y su madre, hallándolas con pulsos y temiendo por cierto que el humor pestilencial las tenía en tal estado y su pobreza y falta de remedios en semejante peligro, advertido don Diego, dejando el llanto, sin mayor tardanza el uno fué por médicos y lumbre, y el otro por personas que asistiesen á su cura y regalo, dando el amante á todo tan fácil expediente como el caso y su afición pedían. Y con tanto, dejando á la criada cantidad de dineros, sin saber doña Elvira por entonces quién en tan grave aprieto había sido el restaurador de su vida, se volvieron á sus casas; y ella y su madre, recobrado el sentido con los muchos remedios y eficaces antídotos opuestos al veneno, juzgaron su mejoría por sobrenatural y su regalo y cura por milagrosa; y aunque, con justa razón, debieron así atribuirlo, todavía de la misma criada entendieron las segundas causas y el brazo piadoso con que se habían dispuesto, si bien ni al verse dos veces (digámoslo así) resucitada por una mano, por un sujeto mismo, pudo trocar su pensamiento, ni mudar su intención en ésta, porque, aunque es verdad que, agradecida y con mucho obligado, reconocía tan grandes beneficios, primero se dejara herrar el rostro, vender por esclava, y primero ofreciera dos mil veces su vida por salir de tal deuda, que rendir su firme voluntad al ciego y torpe fin de sus deseos.

Bien presumo que muchos, oyendo entonces dureza semejante, y ahora leyendo tan admirables pruebas del amor de aqueste caballero, disculparán sus yerros y aun culparán en su dama tantas ingratitudes, y no me admiraré; porque los hombres así juzgamos el fondo de las cosas, presumiendo de las virtudes, vicios y de la perseverancia y pureza, tema y locura. Llegó, pues, esto á tanto, que aun de su misma madre, de su fiel criada, vino á ser persuadida, y aun á ser reputada por ingrata: tal es el imperioso brazo de un interés y de las buenas obras recibidas, pues aun exponiéndose á malos fines, rinden las voluntades y echan duras cadenas al más libre prudente juicio.

Mucho se temió doña Elvira viendo así blandear á su madre y criada, y con justa razón, porque enemigos tan caseros, golpes tan continuados, avisos tan secretos y guardas tan sobornadas, no hay que pensar sino que una vez ú otra había de dar entrada á su contrario, y con ella al traste con su honra. Y así, de nuevo, cuidadosa y solícita, apenas se vió convaleciente de su mal, cuando se halló rodeada por tan graves temores, que para que más se acrecentasen y la causa creciese, no pararon en las que he referido sus obligaciones ni las generosas obras y beneficios de su amante. Porque sobre la plaga pestilente, de que no se veía libre aquella ciudad, la castigó el cielo con otra en su tanto mayor,

con un hambre general, con una carestía espantosa; que así ahora se caían los hombres por las calles hambrientos, como poco antes, por el contagio pestilencial.

Es muy ordinario seguirse á esta semejante desdicha; y así, hallándose doña Elvira en igual trabajo, su madre con el discurso de los días pereciendo, y su criada sin alientos ni fuerza, pasándose los dos y aun los cuatro sin comer; y los más con muy frágil sustento, que vino descaecerse y consumirse la virtud natural; de suerte que sus cuerpos, en breve término, se volvieron anatomías de huesos y esqueletos descarnados. Y como el tierno amante, aunque sabía sus aprietos, tenía cerradas las puertas para remediarlos, porque aún la pasada cura se dispuso por los mismos médicos, ella corría ahora por la posta á la sepultura, y su pobre madre y criada los mismos pasos, sin querer dar lugar, no digo á su deshonra (que aun tanto daño pudiera reprimir-la), sino aun sólo volver blandos los ojos, y digo menos, á una ligera permisión, pues bastaba ésta para salir de mayores trabajos y para que don Diego la entregara su hacienda.

## CAPITULO XLIX

*Resolución honrada de doña Elvira, fragilidad de su madre y criada y esperanzas primeras de don Diego.*

EN conclusión, firme en morir rabiando antes que verse deshonrada de sus lacivos lazos, permaneció en su dureza doña Elvira, hasta que cediendo á sus ayunos y vigiliias el flaco y tierno espíritu, mirando morir su triste madre y su criada perecer, con lastimosas lágrimas y suspiros celebraba sus obsequias y muerte.

Mas á esta misma hora, que serían las once de la noche, como nunca la mano liberal de Dios faltó en el mayor aprieto, en la mayor necesidad estando como he dicho esta constante y famosa mujer, oyó un grande golpe, que á su parecer había sonado en otro diferente aposento, cuyas altas ventanas caían á una calle excusada y sin salida. Con un varonil esfuerzo, animándose lo mejor que pudo y tomando una luz, guió con su madre y criada hacia aquella parte; más aún que su valor, procuraba alentarse, todavía corazón mujeril, turbada y temerosa, llegó al aposento, en quien en vez de algún vestiglo ó sombra, halló en medio de él un costal grande, que abriéndole al momento, para su desdicha y miseria fué tierra de promisión, y una oficina llena de apacibles conservas, de carnes adoba-



das, de cecinas y empanadas diversas; lo cual, y un bolsillo de quinientos escudos remediaron no sólo la presente necesidad, pero el reparo de otras cosas forzosas; y así, no queriendo la dama inquirir tan nuevo modo de milagro, sin hacer sobre él discursos y quimeras, dió al cielo muchas gracias; y su madre y criada, aun sin saber lo cierto, juntamente mil bendiciones al piadoso don Diego; el cual, no pudiendo soportar con su alma el ver más padecer al dueño hermoso de ella, aunque dilató tan buena traza, presumiendo rendirla por hambre, al fin él se hubo de vencer primero; y con dos escaleras bien ligadas, por ser la ventana muy alta, con un criado y su mayor amigo, previno este milagro tan á tiempo, que á suspenderle un día se hallare sin dama y ella desesperadamente sin vida.

Hasta este punto y ocasión pudo seguir su madre y aun perseverar en su honrada opinión. Mas ahora, gobernando, juzgó por diferentes rumbos, y siendo la criada del mismo parecer, trataron entre las dos, con notable secreto, la satisfacción y premio de tantos beneficios y el asegurar sus aumentos para otra semejante desventura. Y así, con semejante acuerdo, tomando por su cuenta el disponerlo, sin mayor dilación, se vió la criada con don Diego, y con la misma, sin usar de preámbulos y figuras retóricas, en liso y llano estilo rindió gracias humildes á tantas mercedes, á tantas buenas obras y bene-

ficios. Y pasando adelante, culpando la entereza y cruel condición de doña Elvira, su aspereza y desdén de parte de su madre y con su beneplácito y gusto, dió fin á su demanda, ofreciéndose la liberalmente, con que él, como noble y generoso caballero, tomase su remedio y en darla estado por su cuenta.

Tal fué el recaudo y orden de la gentil criada, tal la resolución de quien la gobernaba y tal, en conclusión, oyendo tan increíbles y no pensadas nuevas el alborozo de don Diego, que dudo mucho y con razones justas que, según he leído en autores diversos, pueda matar un súbito contento, una alegría impensada; pues siendo ésta tan grande y superior á sus fuerzas, le dejó con la vida; y no así como quiera, sino con más vigor, con mayores alientos.

Dió á la criada dos mil abrazos; y tras cada pregunta, repetido este extremo, no sabiendo cómo satisfacerla, aun su gran mayorazgo juzgaba por corta recompensa y á su misma persona por indigna de tanto bien. En efecto, asentado el concierto y asegurado un rico y grande dote, al presente la criada volvió con muchas joyas y no menor promesa; y don Diego, quedando previniéndose, hizo llamar á don García, á quien loco y fuera de sí dió parte de su gusto; y asimismo de cómo su entrada en casa de doña Elvira había de ser aquella tarde y antes de anochecer.

Era este último aviso y prevención de la criada, pareciéndola que, esperando á más tarde, sería dificultoso meterle en casa sin advertencia de la ya sospechosa doña Elvira; con lo cual, igualmente gozosos los amigos, esperaron la hora; si bien como en don Diego los muy cortos minutos fuesen años prolijos, aun antes de llegar dispusieron su ida, entreteniendo lo restante del tiempo en la iglesia y parroquia de su dama, por caerles muy cerca y aun casi enfrente de sus mismas ventanas, adonde, paseándose por una hermosa nave, anduvieron buen rato confiriendo sus cosas y desmembrando los diversos caminos, por dónde, sin pensar, se hallaba dueño de ella.

Así era la cuenta que se hacía don Diego; y quizá en tiempo que la inocente corderilla vendida por su sangre, ó por mejor decir, destinada á tan detestable sacrificio, por ventura estaría con más fervor y lágrimas pidiendo á Dios remedio. Veíase ya la afligida doncella perseguida de su madre é insistida de su criada y, finalmente, de aquellas que tantas veces fueron su consuelo y tantas el arrimo y apoyo de su perseverancia, y no teniendo ahora á quién volver los ojos, fuerza era que con mayor aliento acudiese á su único amparo, al verdadero Padre de los huérfanos, al consuelo de los afligidos y al siempre vengador de tan graves injurias.

## CAPITULO L

*Horrendo y espantoso suceso en los dos amigos.*

EN fin, volviendo á mi propósito, siendo ya las cinco de la tarde, y poco menos del término aplazado, alegre el tierno amante y su amigo contento, viendo llegar la hora con más nuevo placer, de una vuelta y otra dividían la espaciosa nave, ya haciendo breves pausas en su conversación, y ya volviendo á ella con donaires y motes; cuando en medio de su mayor discurso, casi impensada y repentinamente, parando don García, se quedó embelesado mirando al suelo; cosa que, advirtiéndose con admiración y cuidado por su amigo, viéndole así pasmado, le tiró del brazo, y de tal suerte, que como si despertara de un pesado sueño, así le hizo volver el rostro; y no parando aquí, oyendo que don Diego preguntaba admirado la causa de su suspensión, con nuevo espanto, volviéndose á él, le dijo:

—¿Cómo es posible, amigo y compañero, que vos me preguntéis lo mismo que habéis visto? ¿Acaso en este punto no os hallasteis conmigo? ¿No veníades á mi propio lado? ¿No os sucedió lo que á mí, ó por ventura venís tan sin sentido, discurrís tan sin ojos, sumergido en vuestro ciego amor, que no habéis visto, oído ni entendido que al pasar estas losas, estos mármoles cubiertos de